

1. Del biberón al dedo pasando por el chupete

Oí una vez que hoy los niños pequeños no se chupan el dedo. Primero lo entendí en sentido metafórico: caen en la cuenta de muchas más cosas de las que descubríamos nosotros en nuestra infancia. Pero después me da la impresión de que tampoco se chupan el dedo de una manera física.

Y pensando en eso nos planteamos una costumbre que no sólo tenemos nosotros sino que vemos que tienen nuestros amigos con hijos pequeños: desde el chupete apaga llantos hasta el biberón con agua azucarada puesta a su alcance para que se alivie de sus pesares.

Lo decimos con humor pero tenemos nuestra preocupación de que sea una solución momentánea, pero que sea un error a la larga. ¿Nos dices algo?

(Alejandra y Santiago, Lérica).

Un chupete azucarado puede calmar un llanto. Y os permite recuperar el sueño que os interrumpieron los alaridos intempestivos del bebé. (¡Bendito chupete y el que lo inventó!)

Un chupete azucarado no soluciona lo que provocó el llanto del bebé: y el apaciguamiento momentáneo del llanto os hace olvidar que lo primero que hay que saber es conocer las causas del llanto. (¡No tan bendito el

chupete ni quien lo inventó!)

Un chupete azucarado puede acostumbrar a no abordar las soluciones pertinentes sino a escaparse siempre por salidas falsas, utilizando sucedáneos engañosos y que, no pocas veces, por retrasar el diagnóstico y el verdadero remedio, perjudican de una manera muy lamentable al hijo y al estilo de relación de los padres con el hijo. (¡No tan bendito el chupete y quien

lo inventó!).

Y también un chupete azucarado, un biberón al alcance del bebé, un dedo espontáneamente chupado para poderse dormir pueden vivirse con toda normalidad: porque cuando un niño vive satisfecho, lo que le gustó dejará de gustarle y quedará como el recuerdo de algo que ya no sirve, como los patucos.

Por si sirven, ahí van esas consideraciones:

Usted
pregunta



Joaquín M. García de Dios

Cuidado con la adición al azúcar para remediar los pesares: existen las caries.

Cuidado con el aprendizaje del niño de manipular a unos padres tensos.

Cuidado con la fuga de los problemas reales y sus no-soluciones sucedáneas.

2. Ídolos sí, ídolos no, ¡cualquiera sabe!

Nuestros hijos tienen ídolos: se obsesionan, ponen sus fotos en el corcho de la habitación, compran todo lo que tiene que ver con ellos. Y lo que nos llama la atención es que esto pasa ya desde pequeño. Y cuando digo desde pequeño quiero decir desde los tres y cuatro años.

¿Puede ser buena semejante dependencia y obsesión?

(Marina, Cartagena)

Si se trata de una auténtica dependencia y obsesión ya puedes comprender que no puede ser buena. Y ése es uno de los criterios que tendrás que emplear para ver cómo están viviendo sus "adoraciones".

Antes eran los adolescentes los que empezaban a tener ídolos. Desde personajes históricos (poquitos) hasta deportivos o artísticos (algo más) hasta los del barrio o de la pandilla y hasta la personalización del chico

o la chica idolatrada.

Y uno tiene la impresión de que los ídolos los seleccionaban ellos. Y los iban modificando también ellos: y éste, el de su cambio y su transitoriedad, era el síntoma de su normalidad y hasta de una auténtica higiene mental.

Ahora los ídolos no los eligen ellos: se los eligen. No es un juego ni un síntoma de desarrollo personal sino de dependencia ambiental. Y el comienzo des-

de las edades tempranas es el síntoma de que hay quien propone y lanza ídolos para lograr compradores y consumidores. Por supuesto que sólo logran adoradores superficiales y efímeros. Pero les acostumbran a la adoración de ídolos sucesivos que les dan, además, cierta identidad (los adoradores de Lans-cray). Pero que les crean la necesidad de los ídolos. Y funcionan como una adicción básica, con sus síntomas de abstinencia que les hace rebafío manejable.

Y no pocas sectas y no pocos pastores religiosos, en todas las religiones, proceden de la misma manera: crean y proponen ídolos y convierten a la gente en idolatras. (Y esto es tan antiguo como el Antiguo Testamento por lo menos). Y en vez de hijos libres van configurando idolatras fanatizados y, por eso, manipulables.

Y a mí, como educador, además de esa manipulación, me preocupa la ausen-

cia de personajes valiosos que animen como modelos de vida y como personas que aportan a la vida de los demás, soluciones, salidas o incluso preguntas creativas.

Por sus ídolos les conoceréis. Por los corchos de sus habitaciones les conoceréis. Por los estilos de vida que imitan les conoceréis. Por sus compras y consumiciones les conoceréis. Por sus valores les conoceréis.

Pero sería muy bueno que no lo olvidáseis: vosotros sois los personajes cuya vida tienen delante de sus ojos día y noche. Procurad que les merezca la pena vivir como vosotros. No sois ídolos. Pero sois lección viva de vida. Y pasada la marea de la adolescencia, no hay nada más educador que un padre y una madre creativos, libres, cultos y divertidos con los que se ha tenido la suerte de convivir las etapas de la vida que, porque son vida, son aprendizaje de vida.